

especies o historia de la biología, como de su coherente manejo de ese ingente material hacia unas pocas generalizaciones, siempre problemáticas desde el punto de vista científico, pero bien claras para el autor que sabe qué se propone declarar a ultranza. Y, como queda dicho, más allá de negar la eficiencia explicativa de una teoría, introduce, en particular en el ensayo "El origen de las especies por medio del aislamiento reproductivo seguido del incesto" y en una suerte de *mise en abîme* que ignoro qué impacto podría tener entre la fraternidad bióloga del mundo, su propia especulación acerca del origen de las especies, consciente de no estar basado en una observación demostrativa pero sí en una coherente *hiperobservación* del trabajo que otros han ido empastelando al lúgubre y grandioso monumento del conocimiento científico durante siglos.

ÓSCAR TORRES DUQUE

## En tono de cuento de hadas

### Juega el amor

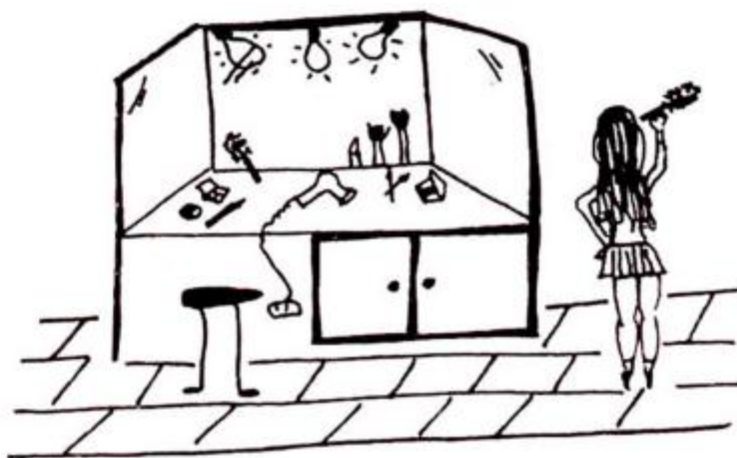
Evelio José Rosero Diago,  
Javier Fernando Porras (ilustrador)  
Panamericana Editorial, Bogotá, 2003,  
67 págs., il.

En el tono de los cuentos de hadas o de las fábulas tradicionales, Evelio José Rosero Diago nos cuenta una historia apasionada y apasionante de una reina que juega su amor frente a un tablero de ajedrez. Era una mujer poderosa, dueña soberana de valles, de ovejas y canarios y tenía a todo el mundo, joven y viejo, a su servicio. Era, además, una mujer muy bella e inteligente, tanto que todos los hombres soñaban con poseerla y hacerla suya. Pero la reina no le entregaba a nadie sus favores. Era tanta la súplica por su amor, que un día decidió jugarse ella en cuer-

po y alma en una partida de ajedrez. Quien le ganara sería su dueño. A todo el reino le pareció una sabia decisión, pues "el ajedrez es justo y equitativo como la muerte".

El primero de todos en enfrentarse a la reina fue un sabio que había vencido al Greco, el Calabrés, autor de un serio tratado de ajedrez. Todos estaban seguros de su triunfo, pues había cosechado fama de sabio en estos asuntos. Sin embargo, la reina lo derrotó en el tiempo que se demoró en comerse un racimo de uvas. Esta derrota puso en alerta a todos los ajedrecistas aspirantes a conquistar a la reina. "...todos los pretendientes, los enamorados, los ambiciosos, los aventureros, escépticos o altruistas o desarraigados, truhanes y tahúres o sencillos fanáticos, estudiaban ajedrez al derecho y al revés, noche y día"... [pág. 16]. Sin embargo, todos iban siendo derrotados, uno tras otro.

Después de ganar todas las partidas, la gente comenzó a rumorar que no era ella la que jugaba, sino un genio escondido. Aunque era una mujer buena, esta desconfianza la hizo cambiar y decidió no sólo jugar desnuda para borrar todas las dudas, sino que implantó la pena de muerte para los perdedores. El juego ahora era serio y difícil, lo que en vez de ahuyentar a los contrincantes, los aumentó, para sorpresa de la reina misma.



Con esta decisión empezaron a disminuir los hombres, pues todos iban muriendo a medida que perdían las partidas. Hubo una leve esperanza cuando un día se presentó una mujer decidida no sólo a enfrentar a la reina sino a matarla con sus propias manos, en caso de derrotarla. La reina la venció en un pestaño.

Sin embargo, y como un asunto entre mujeres, le perdonó la vida y le entregó uno de sus castillos.

Así siguieron apareciendo y desapareciendo los contrincantes, hasta que otro día apareció un jorobado horrible y repugnante que hizo temblar a la reina con el solo hecho de pensar en que si la vencía tendría que casarse con él. En este momento el relato se detiene un poco y mantiene al lector en suspenso describiendo cada jugada, cada movimiento de las piezas del tablero. Al final del capítulo el jorobado es vencido.

El último de los pretendientes fue un muchacho joven, vestido de blanco, que llevaba un gorrito negro en la cabeza y usaba sandalias de cuero. Por primera vez la reina se estremeció, pues sintió algo que nunca antes había sentido: el amor.

Y aquí comienza el desenlace de la historia, el cual no es necesario contar para no ahuyentar a los lectores, quienes con seguridad se llevarán una sorpresa, pues, al contrario del final feliz que se espera, por estar montada la historia sobre un típico cuento maravilloso, es un final inesperado que no merece ser llamado tampoco un final triste.

*Juega el amor* nos introduce desde el comienzo en el cuento oral, ese que los cuenteros utilizan para mantener a un auditorio suspendido en el hilo del relato, en la cadencia rítmica de los sucesos, en el espacio eterno entre una palabra y otra. Sin embargo, al analizarlo un poco nos damos cuenta de que su construcción no es tan sencilla como parece y de que no estamos solamente frente a una historia "vacuada" en un molde propio de las estructuras de la narrativa de tradición oral. La construcción de *Juega el amor* está hecha toda a partir de ese tablero de ajedrez que se vuelve reino deseado, campo de batalla, territorio de duelo y finalmente una metáfora de la vida y de la muerte. Símbolo del mundo real donde se juegan todas las partidas, donde se hacen las guerras de verdad.

Lo que empezó como un simple juego, en un territorio neutral donde lo que se arriesgan son los sueños y los deseos y al final salimos indem-



nes, se fue volviendo real, peligroso, y finalmente fatal. Esa mezcla de fantasía y realidad, o de juego y verdad, se logra muy bien en los momentos en que las piezas del ajedrez parecieran cobrar vida: los alfiles son heridos y su sangre salpica el tablero, los peones yacen mirando hacia el cielo con sus gargantas abiertas y los ojos empañados "igual que si reflejaran otro cielo" (pág. 52).

Como escritor de oficio y con oficio que es Rosero Diago, este relato está tejido en un lenguaje que supera los rasgos simples de la oralidad. El ritmo en la sintaxis está muy bien logrado y demuestra un trabajo cuidadoso. Cada vez que un jugador diferente se enfrenta con la reina, el lector asiste al manejo de un lenguaje y un ritmo acorde con cada situación y con cada jugada. Cuando se enfrenta con el jorobado, con quien estuvo a punto de perder, la lucha es dura y además la imagen resulta caricaturesca: la reina desnuda y el jorobado deforme, ambos sudando en los límites de la derrota. Así lo expresa el relato:

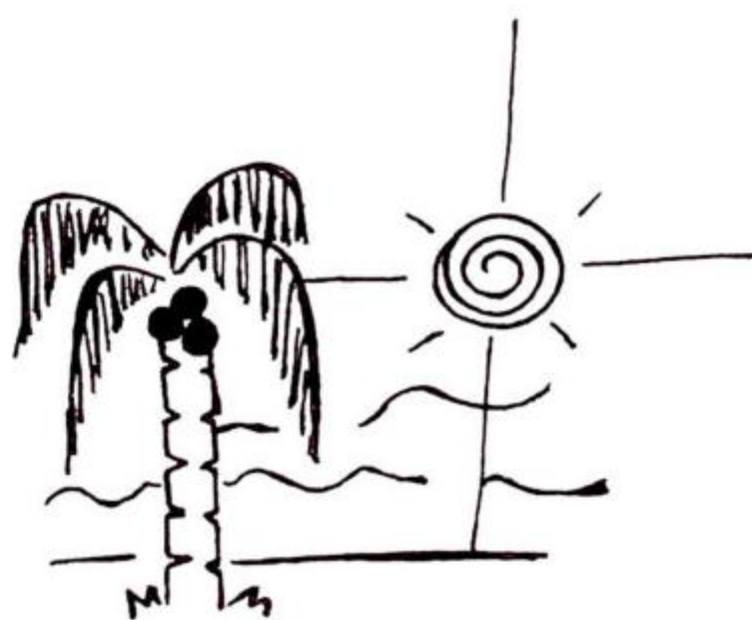
*Después el jorobado avanzó un alfil y se comió un caballo; se lo comió entero, de la cola hasta la crin, crudo, sin necesidad de cuchillo y tenedor; lo espatarró, lo quebró, lo desmembró y se lo tragó. En seguida acabó con un peón, y otro más, y otro, y al fin la despojó de su último caballo, lo enlazó en su campo, le hizo una abertura de vampiro en el cuello y succionó su sangre y lo desinfló... [pág. 38].*

Otro es el tono, el lenguaje y el ritmo utilizado cuando la reina ya no está frente a un jorobado repugnante, sino frente a ese joven diminuto que le ha robado el corazón: "La reina se debatía. El joven se debatía. Ambos cantaban victoria y, de súbito, ambos hacían equilibrio en el filo de la derrota". [pág. 52].

Los personajes se van sucediendo uno tras otro frente al tablero, pero cada uno diferente, caracterizado con un epíteto que lo identifica y lo diferencia al mejor estilo de

Homero, lo que nos vuelve a recordar que estamos frente a un relato que viaja en la oralidad, hecho para ser recordado. El sabio, a quien sólo afanaba el éxito, no la belleza ni la riqueza; la mujer, altiva, de luto íntegro, velo oscuro que cubría su rostro; Saulo del Monte, recordado por su hermosura de niño; Ariosto, violinista afeminado, "cuya angelical manera de caminar fue muy aplaudida al acercarse a recibir la muerte"; Femio, escultor de aves, "que sobresalió por sus imprecaciones obscenas cada vez que perdía una pieza"; Aldo Eckerman, que murió de rabia al descubrirse perdido, y así, unos con más protagonismo que otros, van ocupando la silla en la que se decidirá si viven o mueren frente al tablero del ajedrez.

Es una historia bien contada pero pésimamente editada. Las ilustraciones de Javier Fernando Porras, dibujos estereotipados hechos con lápices de colores, están "regados" en las páginas con un diseño desigual que le hace perder muchísimo a este libro. Para el lector hubiera sido mejor poder imaginar libremente la belleza de la reina, la evocación remota de su reino, lo grotesco del jorobado o la sencillez aparente del joven vestido de blanco, el último de los pretendientes.



Aunque éste es un relato que podría inscribirse en la tradición de los cuentos inspirados en la oralidad, tanto por sus motivos, su estructura y la tipología de sus personajes, no es lo mejor de Rosero. Estamos frente a un cuento que más parece un divertimento que una pieza de mayor envergadura. Rosero Diago tie-

ne suficiente oficio y calidad en su trayectoria de escritor, como para considerar esta historia como una de sus mejores obras. Y aunque está bien escrita y maneja sobre todo un muy atinado ritmo en la narración, no deja de ser una buena idea convertida en un buen relato: una reina que decide jugar su amor y sus bienes a quien le gane una partida de ajedrez. Alrededor de esa idea, Rosero comienza a contar y le va agregando un personaje tras otro, como si de los cuentos de *Las mil y una noches* se tratara.

La trayectoria literaria de Rosero Diago es amplia: ganador del premio Nacional de Cuento en 1979. En 1992 recibe el premio Nacional de Literatura, y en el 2001 el premio Enka de Literatura Infantil. Internacionalmente, ha sido reconocido con el premio de Novela Breve en Valencia, España. La novela *Juliana los mira* (Anagrama, España, 1986) ha sido traducida al sueco, al danés, al noruego, al alemán y al finlandés. Ha escrito, además, *El incendiado*, *El señor que no conoce la luna*, *El aprendiz de mago y otros cuentos de miedo*, *Aquí están pintados*, *Las esquinas más largas*, *La pulga fiel* y *La duenda*, con la que obtiene el premio Enka de Literatura Infantil 2001.

BEATRIZ  
HELENA ROBLEDÓ

## Literatura juvenil

### Bajo el cerezo

Francisco Montaña Ibáñez,  
Patricia Acosta (ilustraciones)  
Editorial Alfaguara, Bogotá,  
2.<sup>a</sup> edición, 2001, 125 págs.

Francisco Montaña tiene formación y experiencia como guionista tanto para cine como para televisión. Esta trayectoria se refleja, en cierto modo, en su primera novela para jóvenes, *Bajo el cerezo*, publicada por Editorial Alfaguara, en la cual